

## Informe sobre Chile (\*)

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. JUAN VELARDE FUERTES (\*\*)

Desde hace muchos años trato de seguir lo más de cerca que me es posible la realidad hispanoamericana. Esta Corporación cuida, desde su constitución, el análisis de estos temas. Sin necesidades de remontarme a fechas lejanas, me parece que está en el ánimo de todos el interés que tuvieron, bien recientemente, las intervenciones de nuestros compañeros: Fernández de la Mora, en su disertación *Recuerdos de La Habana*; Sánchez Agesta, con su intervención *Bolívar y los orígenes del constitucionalismo*, y Fraga Iribarne, con su aportación titulada *La deuda exterior iberoamericana*. Sin pretender, ni de lejos, emularlos, he aprovechado dos viajes efectuados este año a Santiago de Chile para intentar indagar lo más a fondo posible sobre la realidad de esa nación hermana. Por supuesto que la vertiente económica es la que he trabajado con particular cuidado. Sin embargo, he procurado, al mismo tiempo que la estudiaba, penetrar lo más a fondo que he podido en la realidad política y social presente en Chile. En este sentido, en lo que sigue, he procurado condensar la mayor parte de mi particular punto de vista sobre unas informaciones que generosamente me han facilitado multitud de amigos chilenos. Debo señalar aquí que todos ellos me han informado, al exponerme su particular visión de la problemática de su patria, como si de chileno se tratase. Aun a riesgo de ser enfadoso, me parece que debo mencionar algunos nombres que indican que he buscado —no sé si conseguido— por todo el amplio mundo de los científicos sociales chilenos. En primer lugar, debo citar a Aníbal Pinto, nieto del gran patricio del mismo nombre que fue presidente de la República, y un gran economista de la escuela del *estructuralismo económico latinoamericano*; le siguen Oswaldo Sunkel, excelente econo-

---

(\*) Un adelanto más reducido, con alguna cosa diferente, se publicó en *Razón Española*.

(\*\*) Sesión del día 16 de diciembre de 1986.

mista, también del mismo grupo, que en estos momentos estudia con particular intensidad el tema de la deuda exterior iberoamericana; Andrés Bianchi, que a más de ser el director de la división de desarrollo económico de la CEPAL, es el asesor para temas económicos de la importante revista *Mensaje*, que, aparte de su adscripción a la Compañía de Jesús, mensualmente es protagonista de tomas de posición políticas de grandísima trascendencia; Carlos Huneeus, sociólogo, que me facilitó el rarísimo texto interno de una completísima investigación sociológica preparada para la Academia de Humanismo Cristiano, vinculada al Arzobispado de Santiago de Chile; Patricio Meller, investigador en temas sociales y económicos de la Corporación de Investigación para Latinoamérica (CIEPLAN), ideológicamente muy ligada a la Democracia Cristiana; Ricardo Ffrench-Davis, Oscar Muños, Fernando Fainzylber y Alejandro Foxley, también de la misma Corporación; A. Flisfisch, de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), muy vinculada a un socialismo que ha roto con normas tradicionales de marxismo chileno, y que con José Joaquín Brunner, con el que cambié impresiones en Madrid, crea en estos momentos un modelo muy parecido al que ofreció en España Miguel Boyer; Gustavo Cuevas Farren, que dirige el Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Chile; Modesto Collado, ministro varias veces a partir de un Gobierno Frei, persona muy culta, con una gran preparación matemática y humanística; Sergio I. Melnick, decano de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Chile, con una excelente preparación teórica; José Lavín, redactor de las páginas de Economía de *El Mercurio*, que constituyen una fuente informativa del máximo interés; Jaime Antúnez Aldunaete, que dirige las páginas culturales del mismo diario; y, por supuesto, un profesor español de economía, Carlos Díaz de la Guardia, que lleva trabajando cinco años en CEPAL, y que es un atinadísimo, y casi diría hipercrítico, observador de la realidad social, política y económica chilena. Todos ellos me pusieron en contacto con chilenos muy inteligentes y capaces, que manifestaron con entera libertad sus opiniones sobre los temas que les planteé, y me sirvieron para facilitarme un acervo enorme de bibliografía. Detrás de lo que sigue se encuentra la lectura de un gran bloque de libros, monografías, documentos, artículos de revista científica y de periódico, folletos, que por su volumen considerable, y por si pudiese interesar a algún miembro de esta Real Academia, estoy dispuesto a facilitarles. Aparte se encuentra mi intensa búsqueda de la realidad chilena, en la capital de la nación y en ciudades provincianas como Rancagua; en Valparaíso y sus cercanías turísticas; en las deprimidas *poblaciones* del área del Gran Santiago y en las elegantes urbanizaciones que trepan desde la capital hacia la inmediata cordillera; en los medios de las Naciones Unidas radicados en Santiago de Chile y en los núcleos de radical oposición al Gobierno; en viejos números de *Fortín Mapocho*, de *Análisis*, de *Apri* —procedentes de la colección del profesor Díaz de la Guardia— y en conversaciones con periodistas de *La Tercera de la hora* y *La Nación*. He hablado con Gabriel Valdés y con el presidente Pinochet. He tratado de enterarme, y como labor previa de decantación, en medio de los dos viajes de 1986 pronuncé una conferencia

en el Club de Discusión Encuentros y publiqué en *Ya* una serie de artículos titulados *Visión de Chile por un economista*. Más recientemente preparé dos artículos para *Epoca*. He discutido estos textos una vez publicados, con exiliados políticos chilenos y con el embajador de Chile en Madrid, Enrique Campos Menéndez.

De todo esto he obtenido una versión de la situación de Chile, en lo que se refiere a su situación económica y sus consecuencias sociopolíticas que difiere de la mercancía que se nos sirve habitualmente en España. No debo dejar de indicar que no pretendo, ni de lejos, saberlo todo sobre Chile. Sí que en lo que expongo ante esta Corporación pretendo hacerlo con la solvencia y con la libertad que siempre en ella se han expresado todos sus miembros. Ambas cosas escasean demasiado en relación con el caso de Chile, porque la pasión, al nublar a la razón, prefiere en vez de solvencia, toscos esquemas de barata propaganda, y en vez de libertad, coacción. Debo añadir que el texto lo he redactado, salvo esta introducción, en Santiago de Chile. Desde un piso 14 de un edificio escribía bajo el calor del verano naciente. Al hacerlo, no sólo veía las nieves de los Andes, sino la finca en la que Salvador Allende vivió hasta trasladarse al Palacio de La Moneda. El Chile eterno y el actual han estado, pues, presentes en su redacción.

Dicho todo esto, ¿con qué panorama yo, humilde servidor de la *Ciencia lúgubre* por excelencia, observaba en primer lugar en Chile? Es evidente que ahora mismo ruge el temporal sobre toda la economía iberoamericana. Sin embargo, la situación no es homogénea para toda ella. En este sentido se observa que, por apurar la metáfora corriente, ante la magnitud de la tempestad, algunos países da la impresión de que se dejan arrastrar por las aguas, mientras consideran que lo mejor que les puede suceder vendrá precisamente de hacer poco. Las considerables consecuencias de su pérdida absoluta impulsará a otros en su auxilio. Tal es el caso de Méjico. Esta vez puede convertirse en una bendición aquella vieja imprecación de Porfirio Díaz, lamentando la proximidad norteamericana respecto al «pobre Méjico, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos». Es evidente que Norteamérica se ve obligada, una y otra vez, a partir de la famosa crisis de la deuda pública mejicana de agosto de 1982, que conmovió al ámbito financiero mundial, a conseguir que el desastre económico no se abata de forma tal que destruya a su explosivo y depauperado vecino.

Otras veces, la reacción bordea el bracear de un desesperado. Por ejemplo, en este sentido angustia observar la soledad del presidente Alán García, y cómo a sus patéticas llamadas ante la FAO y ante las Naciones Unidas responde, ya una especie de silencio despectivo, cargado de incomodidad, ya un conjunto de admoniciones excesivas para un país que ahora mismo, como espero aclarar con mi nota *Noticia sobre la dualidad peruana* que he preparado para *Razón Española*, ha cruzado quizá la frontera de la posible disolución de su estructura sociopolítica actual. Probablemente la última, y ya creo que bastante remota, esperanza de frenar este tremendo proceso canceroso, se encuentra en el esfuerzo del actual Gobierno

aprista peruano que, por ello, hubiera merecido otro trato del mundo occidental, comenzando por España.

Finalmente, cuatro países, en estos momentos, se han enfrentado con valor con la durísima crisis económica desatada a partir de 1981. Los cuatro han procurado dominarla con racionalidad y decisión. Estas cuatro repúblicas iberoamericanas que, de pronto, pareció que dejaban de lloriquear a la puerta de las grandes potencias y que iniciaban un serio —y por ello doloroso— proceso de ajuste de sus economías fueron Argentina, Bolivia, Brasil y Chile. La crónica del esfuerzo alguna vez se recogerá con la debida justicia por algún buen historiador que comprenda la grandeza de los cuatro intentos. Visto todo desde finales de 1986, parece evidente en Argentina que comienza a agonizar el *plan Austral*, aquél que nació entre un flamar de pañuelos que así pretendían olvidar la derrota de las Malvinas con una victoria en lo económico que aproximase a esta República del Plata al cumplimiento de la profecía de Colin Clark en su *The economics of 1960*. Los viejos proyectos de Alfonsín y de su ministro de Economía Sourrouville comienzan a tambalearse.

La expectación crece, en el altiplano andino, en torno a la aparición del boliviano, que sustituye al peso, con el cambio 1 boliviano = 1 millón de pesos. Pero lo importante no es eso, sino que la aparición de esta unidad de cuenta se encuentra dentro de un plan económico general cuyas líneas generales preparó para el Gobierno del presidente Paz Estenssoro el profesor norteamericano de la Universidad de Harvard, Jeffrey Sachs. A él pertenecen estas palabras publicadas en *Presencia* —el diario católico de La Paz— el 11 de agosto de 1986, al defenderse de la acusación de proponer un plan «muy cruel», verificada por el periodista boliviano Irving Alcaraz en un artículo publicado en *El Periodista* de Buenos Aires: «No hay peor crueldad, sobre todo para los niveles de menor ingreso económico, que la inflación. Y la hiperinflación como existía en Bolivia, era el impuesto más cruel a la economía de todos los bolivianos, excepto para aquellos que son lo suficientemente ricos como para mantener cuentas en dólares en el exterior. Además, la hiperinflación da paso a otras formas de corrupción. Hay gente que aquí hizo mucho dinero de un día para otro, especulando con las diferencias abismales del cambio. En un proceso inflacionario, los ricos están protegidos, pero no los pobres. En cambio, con inflación cero, se logra confianza y realismo.» El pacto de Acción Democrática Nacionalista (ADN), del general Hugo Bánzer y del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) de Paz Estenssoro ha hecho posible el inicio, hace no demasiados días, de un proyecto de saneamiento económico del más alto interés.

Por lo que se refiere a Brasil, el plan *Cruzado* que puso en marcha el presidente Sarney con general aplauso, comienza a encontrarse, si utilizamos el juego de palabras que le dedicó *The Economist* de 29 de noviembre, «en la encrucijada». El ingente peso de 100.000 millones de dólares de deuda externa amenaza con crear una situación insostenible en los terrenos social y político del Brasil. Debe mirarse,

pues, de ahora en adelante, con gran atención la marcha de la economía brasileña. Concretamente, España no puede, de ningún modo, abandonar el examen de esta realidad. El derrumbamiento de este plan significaría que había sido una insensatez tratar de conseguir la estabilidad manteniendo altísimas tasas de desarrollo.

Finalmente, está la situación de Chile. Plantear en estos momentos su realidad económica como algo que se puede desligar de la política, carece de sentido. Por eso conviene examinar, más de una vez, y de modo conjunto, ambas cuestiones.

En este sentido, creo que debe quedar bien claro que las fuerzas políticas chilenas, sin excepción alguna, han planteado la entrada del país en una transición hacia una situación democrática. Que ésta tiene que ser muy parecida a la que existe en el mundo occidental es deseo casi general, salvo los puntos de vista de poco más que el político Pablo Rodríguez Grez, que acaba de publicar sus asertos en el, por otro lado, importante libro en dos tomos *El mito de la democracia en Chile* (EVES, 1986), y de algún grupo político no muy influyente, como Avanzada Nacional, por ejemplo. Esto es congruente con la historia de un Chile, que inició su vida independiente, una vez aplastados los realistas, con la promulgación por O'Higgins el 10 de agosto de 1818 de la primera de las Constituciones Políticas de la nación, cuya proclamación en Santiago de Chile dará lugar a mi preferido entre todos los cuadros de Pedro Subercaseaux.

Esta marcha hacia una situación democrática y liberal tiene, sin embargo, características diversas según el marco político desde el que se la contemple. Por un lado, está el Gobierno, que pretende que este proceso de absoluta libertad y democracia se empiece a consumir el 11 de marzo de 1989, con la llegada, por la vía prevista en la Constitución de 1980, de un nuevo presidente al Palacio de La Moneda, sea éste o no el general Augusto Pinochet Ugarte.

Frente a esta actitud, y de modo muy radical, se encuentra la oposición de izquierda que parece dispuesta a combatir hasta el último cartucho para que este programa del Gobierno no se lleve adelante. El bloque que encuadra estas fuerzas es el llamado Movimiento Democrático Popular (MDP), constituido por el muy marxista-leninista y prosoviético Partido Comunista chileno; por el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), con una gran tradición de violencia y de enemistad con los comunistas casi nunca disimulada; por una escisión del Movimiento de Acción Popular (MAPU), que es sabido surgió en la Democracia Cristiana chilena por la defensa de la llamada «vía no capitalista de desarrollo», que se consideraba era la esencia de las ideas falangistas chilenas de la primera hora; finalmente, por los socialistas; facción Almeyda. A principios de diciembre de este año, Guillermo del Valle, subsecretario general del MAPU, anunció que antes de fin de año se celebraría un «cónclave de la izquierda», que incluiría, además de a los miembros del MDP, a representantes de los siguientes partidos: socialista de Núñez, socialista unitario, socialista histórico y MOC, además de, probablemente, dijo, el Partido Radi-

cal. Se trata, por tanto, del grupo que continúa, históricamente, la tradición iniciada en abril de 1934 con el llamado Bloque de Izquierdas, seguido en mayo de 1936 por el Frente Popular, cuya línea se restableció en 1951 con el Frente del Pueblo, creado por Salvador Allende al aliar a comunistas y socialistas contra el populismo de Ibáñez, y en 1956 con el Frente de Acción Popular (FRAP). En las elecciones de 1970, nació la Unidad Popular, que también acaudilló Allende. Lo que se acaba de señalar sobre el MDP y el «cónclave de izquierdas» es lo que ahora queda de su herencia.

El centro derecha busca, por su parte, otro camino de retorno a la democracia liberal. En este conglomerado político, la evolución ha sido bastante compleja. El primer núcleo de oposición al Gobierno Pinochet de tipo centroderecha fue el llamado Grupo de Estudios Constitucionales o Grupo de los 24, que comenzó a organizarse en 1978. Sin embargo, no se inicia una actividad seria de oposición hasta que se desata la crisis económica de 1982. El desconcierto del Gobierno parecía tan visible al quedar desguarnecido de la serie de éxitos económicos que había tenido desde 1974, que pareció que podía recibir con facilidad el golpe de gracia.

Conviene anotar, para tener claro esto, que tras las fuertes tasas negativas del PIB alcanzadas en las postrimerías del Gobierno Allende, con el  $-1,2\%$  y el  $-5,6\%$  en 1972 y 1973, respectivamente, éstas se habían convertido en el período 1977-81 en porcentajes positivos fortísimos, que oscilaban entre un mínimo —el  $5,5\%$  de 1981—, y un máximo —el  $9,9\%$  de 1977—. Por su parte, el IPC que había llegado al  $508,1\%$  en 1973 se había situado en 1981 en el  $9,5\%$ . Finalmente, la tasa de paro, medida a través de la tasa de desocupación en el Gran Santiago —téngase en cuenta que en esta área vive, según el Censo de 1982, el  $38,1\%$  de la población total de Chile— había descendido desde el  $16,2\%$  en 1975 al  $11,1\%$  en 1981.

Sin embargo, se adivinaba que el final de esta prosperidad estaba próximo. El hundimiento se anunció por Aníbal Pinto en un artículo que resultó ser premonitorio, publicado en *El Trimestre Económico*. Este gran economista mostraba cómo el bastón colocado entre los radios de la rueda de la bicicleta chilena era la conexión económica exterior. El saldo de la balanza comercial ofrecía un déficit de 140 millones de dólares 1981 en 1973. Pues bien, éste se había convertido en 1981 en uno de 3.480 millones de dólares 1981. Ahí estaba el talón de Aquiles de la economía chilena, y en él golpeó con fuerza la crisis económica general de 1982. A partir de él se originó un auténtico cataclismo. Desde él es desde donde decidió atacar con denuedo, por supuesto, la oposición de izquierda, pero también la de centroderecha.

Para comprender el buen momento escogido para esta ofensiva, observemos las cifras de la economía expuestas a través de un típico triángulo macroeconómico. El caos originado se observa de modo clarísimo si, en los ejes, tal como se sitúan en el gráfico adjunto, observamos de qué modo el triángulo ABC, que parece representar

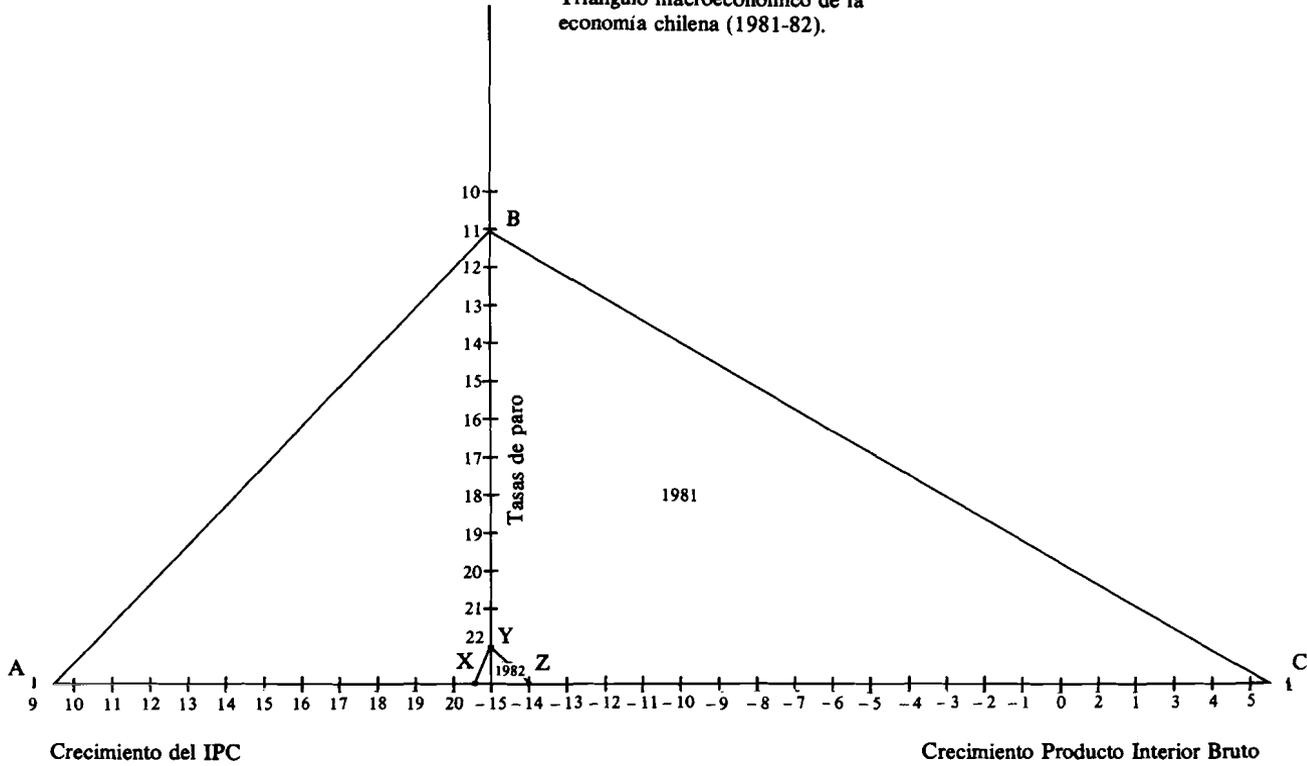
una aceptable prosperidad, se achica de modo brusquísimo en un año, esto es, al pasar de 1981 a 1982, hasta reducirse al XYZ.

La oposición saltó, como es lógico, sobre una situación que había sumido en el desconcierto al Gobierno. ¿A qué se debía éste? Merece la pena aclararlo. Como se relató en el semanario *Hoy*, de tendencia democristiana, se había encargado a la Marina, desde los tiempos iniciales de la preparación del golpe militar, para que fuese quien enlazase con un grupo de brillantes economistas que la Universidad Católica de Chile había enviado, dentro de un programa de colaboración con Norteamérica, a estudiar a la Universidad de Chicago. Sus maestros fueron, entre otros, los premios Nobel de Economía Milton Friedman y Schultz. Quedan aterrados estos jóvenes graduados por esa universidad norteamericana al enfrentarse con el modelo demagógico y sin otra salida que una perpetua carrera socializante, inflacionista y de estancamiento económico, que encabezaba demagógicamente Salvador Allende, al que aplaudía un coro de egregios literatos, simultáneamente ignorantes —cuando menos— en cuestiones elementales de economía. Pablo Neruda, en su *Confieso que he vivido*, habla de esto como de «un movimiento liberador de magnitud gradiosa... que llevó a la presidencia de Chile a un hombre llamado Salvador Allende para que realizara reformas y medidas de justicia inaplazables, para que rescatara nuestras riquezas nacionales de las garras extranjeras». Para que comprendamos, con menos fraseología barata, lo que sucedió entonces, acudamos al documento de Carmelo Mesa-Lago, *El desarrollo de la Seguridad Social en América Latina* (CEPAL, Santiago de Chile, 1985) donde se lee que en esa época «el costo de la seguridad social chilena estableció un récord continental, sólo superado por los países más desarrollados de Europa». Como se recoge en el libro de Osvaldo Puccio. *Un cuarto de siglo con Allende. Recuerdos de su secretario privado* (Emisión, Providencia, 1985) Allende le dijo el 6 de noviembre de 1970, recién llegado a la Presidencia de la República: «Aquí vamos a hacer Historia y Vd. me va a ayudar a hacerla... Quedándose firmemente, lo voy a entrar en la Historia también.»

Los economistas jóvenes chilenos, que regresaban con buena preparación de los Estados Unidos, se espantaron con lo que significaba, para la economía chilena, este desmedido afán de entrar en la Historia. Un informe muy ponderado, preparado por uno de ellos, Sergio de Castro Spikula, llegó a las manos del almirante José Toribio Merino, que iba a encabezar con Pinochet y Leigh el golpe militar del 11 de septiembre. Por eso, a partir de éste, tanto Sergio de Castro como sus colegas recibieron crecientes tasas de poder para orientar la política económica. Su método, de un liberalismo económico muy drástico, se enlazó con la doctrina de la Seguridad Nacional, y resultó, después, bastante similar a la planteada en numerosos países del área iberoamericana.

Como consecuencia de su aparición juvenil, desenfadada y un tanto espectacular, en el poder político, tras haber surcado el firmamento de los espectáculos de

Triángulo macroeconómico de la economía chilena (1981-82).



Santiago de Chile unas bailarinas muy bonitas y provocativas, las *Chicago girls*, pasaron a ser llamados, por el ingenio santiaguino, los *Chicago boys*. La expansión de esta política por el Cono Sur iberoamericano —sobre todo en el área llamada del Archiguay con Martínez de Hoz y Vegh— popularizó ese nombre por todo el mundo.

Había llegado, a mediados de 1982, el inicio de su ocaso. Castro cesó como Ministro de Hacienda tras cinco años de ocupar el puesto. A partir de ahí se inició una crisis muy rápida que relaté en los artículos *Crónicas del principio y fin de los «Chicago boys»*, que publiqué en *Ya* el 17, 20 y 27 de mayo de 1984, refundidos y ampliados en el artículo *El problema económico de Chile*, aparecido en *Sillar*, en el número de julio-septiembre de 1985.

A causa de esta crisis se sucedieron con rapidez los responsables de la política económica. Pinochet comprendió que era preciso algún cambio profundo. Un veterano, bondadoso e inteligentísimo político, Modesto Collados, pasó a comunicar así un viraje bastante claro a la política económica chilena. Dentro de esa estela se encontraba Hernán Büchi, descendiente de emigrantes suizos, que desde el Ministerio de Hacienda hoy rige lo esencial de la política económica de Chile.

Me parece que quedan bien claros los contendientes —MDP, fuerzas de centro-derecha y Gobierno— y el campo de batalla —la crisis económica— en que iban a medir sus fuerzas.

Para lograr el triunfo, la oposición de centroderecha decidió crear un primer embrión organizativo en 1982, justo al comenzar la crisis económica. Se denominó PRODEON. En 1983 éste se ha transformado ya en la Alianza Democrática, integrada por varios partidos: Democracia Cristiana (DC), Socialdemocracia (SD), republicanos, liberales, radicales, socialistas diversos y la Unión Socialista Popular (USOPO).

A partir de ahí, y con un talante evidente de próximos triunfadores, se suceden de modo rápido intentos de coalición que van a administrar la victoria que se prevé segura. Relatar exactamente lo sucedido constituye una especie de crónica, a ratos confusa por su prolijidad obligada, y a ratos llena de anécdotas relacionadas con mil intentos de conversión de casi cada líder político en cabeza de razón. En el fondo, la Alianza Democrática busca, a través del llamado Acuerdo Nacional, al que no es ajeno el cardenal Fresno, arzobispo de Santiago de Chile, algún tipo de acuerdo con el Gobierno que permita a éste transferirle el poder. Para eso pasa a ampliarse hacia partidos que no estaban de acuerdo en la desestabilización de éste, que eran antimarxistas militantes y que se agrupaban en la llamada *derecha nacional*. Esta había creado, a partir de sí, a comienzos de 1984, el *grupo de los ocho*, a causa de ocho asociaciones políticas que tras haber apoyado con fuerza a Pinochet, ahora se pasaban, sin rebozo, a la oposición. El bloque opositor de esta *derecha nacional* se cons-

tituyó por el Partido Nacional (PN), Unión Nacional (UN), socialcristianos, liberales, demócratarradicales, republicanos, Partido Democrático Nacional (PADENA) y Unión Demócrata Independiente (UDI). Al salir de este grupo la UDI, para respaldar al Gobierno, los otros siete constituyen el Acuerdo Democrático Nacional (ADENA). Por otro lado, en 1985 surgió Intransigencia Democrática, que pretendía crear un puente entre Alianza Democrática y el ya mencionado MDP. Parcialmente triunfó este intento con algunas exteriorizaciones comunes de protesta, con alianzas juveniles donde los dirigentes, a causa del peso de los llamados *artesas* —palabra equivalente a la local en España de *progres*—, se escapan casi siempre al control de las altas jefaturas de los partidos, y con la Asamblea de la Civilidad, de la que emanó un documento que pareció, de momento, ser muy importante, titulado *La demanda de Chile*. Subrayamos esto porque en él se fundamentaron las famosas jornadas de *movilización pacífica*, que produjeron numerosos muertos y heridos.

Por otro lado, en agosto de 1985, dentro de un movimiento de unión de fuerzas de centro y derecha promovido por el cardenal Fresno, surge el Acuerdo Nacional para la Transición a la Plena Democracia (AN), formado por DC, PN, UN, SD, liberales, republicanos, radicales, USOPO, socialistas de Chile, socialistas históricos, socialistas de Mandujano e Izquierda Cristiana (IC). Esta última procura establecer lazos con el MDP.

A partir de ahí, un grupo constituido por Pedro Correa, del PN, Eugenio Ortega de DC y el socialista Jorge Molina, dan a la publicidad, el 10 de septiembre de 1985, un documento titulado *Bases de sustentación del régimen democrático. Profundización del Acuerdo Nacional para la Transición a la Plena Democracia*. Son firmadas tales bases por los miembros de AN, salvo UN e IC. Procuran con ellas llegar a un acuerdo con la Junta Militar que llegue a marginar a Pinochet. Al Acuerdo se agregan pronto el MAPU, el PADENA y el, cuando menos pintoresco, Partido Humanista, constituyendo así el Acuerdo Nacional Democrático, o ANDE, o Grupo de los Trece. Cuando salgo de Santiago de Chile para Madrid me llegan de muchas fuentes noticias de que el ANDE se agrieta por todas partes, y que, incluso, no sólo se escinden los grupos políticos entre sí, sino que incluso se agrietan partidos políticos hasta ahora tan monolíticos como la DC. No deja de crear también tensiones y perplejidades una reacción creciente del socialismo hacia posturas muy centristas en política y liberales en economía, como se trasluce del *documento Brunner* desvelado en el periódico *La Segunda* a principios de octubre en medio de un gran revuelo. El grupo FLACSO pasó así a mostrar una gran proclividad hacia lo que podríamos llamar *modelo Boyer*. Esta actitud acaba de ser ratificada por el economista socialista Carlos Vignolo en el foro *Opciones de desarrollo económico chileno* que se desarrolló en la primera semana de diciembre en la Universidad Diego Portales. Son claros, en este sentido, los siguientes párrafos de Vignolo: «En mi perspectiva filosófico-valórica es deseable que el Estado ocupe el menor lugar posi-

ble... Socialismo con Estado decreciente en participación, donde aparece la función empresarial como algo muy importante... El desarrollo de una economía como la chilena pasa por la generación de una masa pujante de empresarios comprometidos simultáneamente con el desarrollo y la democracia.» Ni siquiera Vignolo da marcha atrás en la célebre *reforma previsional chilena*, que significó una reprivatización de aquel Sistema chileno de Seguridad Social creado con tan altos vuelos por Allende y que había caído pesadamente al suelo. Tal *reforma previsional* había supuesto una vuelta al sistema de capitalización a partir del de reparto. Vignolo, sin duda de ningún tipo, considera que con esta base de ahorro forzoso se puede generar una inversión utilísima.

Destaco esto porque tiene particular significación el plantearlo dentro de una polémica ahora mismo muy viva en Chile. Da la impresión de que las famosas Administradoras de Fondos de Pensiones (AFP) marchan bien. La rentabilidad de las mismas, en los seis años de vida que tienen, ha sido del orden del 12 % real anual, a pesar de la fortísima crisis económica. El superintendente de las AFP llega a plantearse ahora la necesidad de disminuir las cotizaciones de los afiliados porque «no parece lógico que éstos reciban una pensión superior a la última renta líquida» que habían tenido en su puesto de trabajo. Los cálculos más probables, derivados de esta polémica, parecen indicar que las pensiones van, con toda seguridad, a fluctuar alrededor de la última renta líquida. Los socialistas con mejor preparación económica se apresuran, por ello, a abandonar viejas tesis relacionadas con la tradicional financiación del Estado Providencia. Pero es evidente que estas actitudes doctrinales originan traumas políticos y organizativos difíciles de superar, con heridas que no se restañan con facilidad.

Pinochet, que ha cumplido el pasado 25 de noviembre 71 años, ha visto con estas fracturas aliviada la presión que experimentaba en sus trabajos para poner al día una ley de partidos políticos. AN primero y ANDE después, marcaron sus distancias respecto al presidente de la República y tendieron a dividir el frente militar. En este sentido fue muy importante la publicación de una interesantísima encuesta preparada por Carlos Huneeus para el Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea (CERC), de la Academia de Humanismo Cristiano, que se titulaba *Cambios en la opinión pública: una aproximación al estudio de la cultura política en Chile* (CERC, 1986).

Dos consecuencias se derivan de su lectura. La primera, que la sociedad chilena no es extremista. El *Mercurio*, el 5 de octubre de 1986, presentó un gráfico muy expresivo sobre esta situación. La segunda, que se expone de modo prolijo en las encuestas que reproducen referidas a España, y que pretenden centrarse en épocas análogas a las que vive Chile en cuanto a su problemática social, económica y política, es que la popularidad de Franco era mucho mayor que la de Pinochet. Los siguientes párrafos —entre otros muchos del texto— son significativos: «El primer

mandatario es popular, recibiendo incluso más apoyo que su gobierno y su propio partido. Esto también ocurrió en los regímenes autoritarios, como la España de Franco, en la cual la gente tuvo una actitud de respeto e incluso de simpatía hacia el Caudillo. Este, por su parte, se había preocupado de conseguir ese apoyo ciudadano mediante un liderazgo que concentró esfuerzos en ejercer su rol de Jefe de Estado, sin inmiscuirse mayormente en la dirección inmediata de las tareas de gobierno, dando una imagen paternalista, aunque en momentos difíciles para su estabilidad política apoyó decididamente la aplicación de drásticas medidas represivas, incluyendo el estado de excepción (el equivalente al estado de sitio). Al momento de su muerte, los españoles tuvieron sentimientos de simpatía hacia él... (En cambio) el general Pinochet recibe un apoyo minoritario de la ciudadanía, que es (también) muchísimo menor al que tuvieron los presidentes Frei y Allende.» Por tanto, es insensato que las Fuerzas Armadas apoyen una prolongación del mandato de Pinochet, de acuerdo con la llamada *declaración de Santa Juana*, efectuada por éste en julio de este año, creyendo que va a tener el respaldo carismático de Francisco Franco.

Estas puntualizaciones no son, políticamente, ingenuas. ¿Es posible hurgar en la lealtad de las Fuerzas Armadas chilenas hacia Pinochet? Destaquemos que éstas ofrecen alguna resistencia a ciertas actitudes gubernamentales, y en particular a la política económica liberal que aportaron los *Chicago boys*. Las declaraciones aparecidas en *Hoy* del 13/19 de octubre de 1986, de un economista enemigo acérrimo de esta escuela —suya es la frase de que «no todos los *Chicago boys* son perversos; algunos son ignorantes»—, Raúl Schkolnich Bendersky, parecen mostrar la existencia de una fisura entre la Junta Militar y el Gobierno en relación con el problema de la privatización de las empresas públicas. Schkolnick llega a declarar que se oponen a tal privatización «el 90 % de los uniformados», y que «en su corazón» los miembros de la Junta están con el Comité de Defensa del Patrimonio Chileno que encabeza Sergio Bitar, que fue ministro de Minería en el Gobierno de UP. La cuestión no está clara, ni mucho menos, porque las rotundas frases del general Hormazábal, ministro vicepresidente de la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO), el importante grupo estatal, dan la impresión de orientarse hacia una privatización enmarcada dentro de una política de difusión de la propiedad, tal como parece indicar su intervención del pasado 2 de diciembre de 1986 en un Seminario para periodistas del área económica organizado por la propia CORFO. Pero esta misma actitud del general Hormazábal es contemplada en *El Mercurio* de 6 de diciembre de 1986 bajo este otro ángulo en su sección editorial *La Semana Económica*: «No faltan quienes sostienen que ciertas empresas del Estado no deben ser traspasadas al sector privado porque presentan interesantes utilidades... Este es precisamente uno de los grandes logros del actual Gobierno, el que ha conseguido que las empresas estatales dejen de perder dinero y no continúen perjudicando a la comunidad.» Por eso *El Mercurio* ataca sucesivamente los argumentos estatificadores diciendo que una pre-

sencia privada se preocupa aún más «por la rentabilidad y por el uso correcto de los recursos». Además, «cuando el Estado es el que provee los empleos, los créditos, los precios, los negocios, el acceso a la educación superior, a la televisión, a los medios de comunicación, a la salud y a las viviendas, la libertad personal y el ejercicio de los derechos humanos se resienten y la igualdad ante la ley es una mera declaración de principios». También en esta declaración de *El Mercurio* —cuya amistad es esencial para el Régimen de Pinochet— se rechaza el argumento del combate desde el Estado a los monopolios privados, «ya que existen formas conocidas y eficaces de control de dichas prácticas, que van desde la fijación de precios hasta una mayor apertura al exterior». Finalmente, *El Mercurio* también critica el llamado argumento estratégico —esencial en el mundo militar— «cuando se piensa que en las democracias modernas la actividad quizá más estratégica, como la producción de armas y la investigación en defensa, se desarrolla de manera determinante en el sector privado».

En realidad, el panorama que ahora se ofrece como acción futura de CORFO parece bastante congruente con este punto de vista. Se ha decidido la venta del 100 % de las acciones de Telex-Chile y de ECOM; en CAP llegará al 80 % la aportación privada; en las distribuidoras de energía eléctrica se alcanzará el 100 %; en la Compañía de Teléfonos se traspasaría a manos privadas el 51 % del capital; en las empresas estratégicas, la participación privada puede llegar al 30 %. En 1986, CORFO logró recaudar así 43 mil millones de pesos —unos 2,5 millones de dólares— que se traspasaron al Ministerio de Hacienda. Para asegurar el futuro de estas operaciones no se desprecian campañas de mucho calado sobre la opinión. Por ejemplo, personalidades del Ministerio de Economía proporcionan a los estudiantes universitarios una visión de la política económica chilena que roza casi la categoría de propaganda de lo que se siente como una hondísima convicción.

Pero todas estas pugnas ideológicas, que habían ido abriéndose paso de forma clara en el seno de las Fuerzas Armadas, quedaron sepultadas por la acción de un grupo guerrillero muy activo, el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, brazo armado del Partido Comunista, dispuesto a derrocar al sistema por la fuerza. La reacción del Régimen, preocupado con una oleada creciente de atentados en los que se establecía una cierta pugna del Frente con el MIR, fue evidente, y culminó con el descubrimiento de una serie de almacenamientos de armas muy importantes de origen soviético, capaces de haber creado una grave situación revolucionaria. La sombra de una especie de gigantesco *Turquesa* —el buque del alijo para la revolución socialista asturiana de octubre de 1934— pasó por el cielo de Chile. Inmediatamente, las Fuerzas Armadas cerraron filas.

Dos consecuencias más tuvo la localización del alijo. La primera, mostrar el enlace íntimo entre el Frente Patriótico Manuel Rodríguez y el Partido Comunista de Chile. La segunda, el volumen ingente de los arsenales hallados que provocó un

cambio en el talante norteamericano. Bradley Graham, en *The Washington Post*, se ocupó de la magnitud del hallazgo: 3.383 rifles M-16, norteamericanos; 2.000 granadas, soviéticas; casi 300 bazucas, norteamericanos; a más de muchas toneladas de munición y dinamita, con un valor total en el mercado de más de 10 millones de dólares. El origen parece estar en los depósitos bélicos de Vietnam. La descarga se hizo a partir de buques soviéticos y cubanos en, al menos, dos operaciones nocturnas, con información de apoyo vía satélite. Todos creen que con esto se pretendía sembrar el caos más que triunfar, en lucha frontal sobre un Ejército «que es considerado como uno de los mejor entrenados y equipados, así como uno de los más disciplinados en el hemisferio». Piénsese que, como recoge Jaime Ruiz-Tagle P. en *Las Fuerzas Armadas y la negociación política*, nota aparecida en *Mensaje*, noviembre de 1986, el gasto militar chileno equivale al 26 % del gasto público.

Por si esto fuese poco, en ese momento se produjo el sangriento atentado contra el general Pinochet, el pasado 7 de septiembre. Al fracasar el intento de presentarlo como preparado por éste —igual ocurrió con los alijos de armas—, pasó a considerarse en amplias capas del interior, y en el exterior, en Norteamérica, al régimen chileno como escudo de una región geográfica que, de otra forma, podía entrar en una situación explosiva. Esto tuvo, casi inmediatamente, una repercusión económica. Me explicaré.

El conjunto de los *Chicago boys* mantuvo con persistencia, hasta ahora mismo, dos cosas: su fe en la economía libre de mercado, y su lealtad a Pinochet. Por lo primero, exigieron de los equipos académicos y profesionales de los que formaban parte un esfuerzo investigador y de enseñanza muy grande. Así se consiguió que apareciese en Chile un sólido y bien preparado grupo de economistas, que no cesa de ampliarse, y que pudo ser utilizado por la Administración con resultados prácticos excelentes. Por lo segundo —o sea, por la lealtad a Pinochet—, aunque disminuyese algo su fuerza, en el mapa político chileno no se produjo su desaparición. Los grupos contrincantes de economistas están ligados a la oposición. Uno es el equipo de CIEPLAN, la Corporación de Investigaciones Económicas para Latinoamérica, ligado ahora al AN-ANDE. Otro es el socialista de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), residente en Santiago de Chile como dependiente de una agencia de las Naciones Unidas. El tercero es el que trabaja en CEPAL, la Comisión Económica para América Latina y el Caribe de las Naciones Unidas, que ocupa a abundantes e importantes economistas chilenos, creo que todos ellos opuestos al régimen del general Pinochet. Por eso, gracias a los economistas llamados *Chicago boys*, el Gobierno tiene asegurado un buen respaldo técnico en materias económicas.

Estos expertos afines al Gobierno comprendieron, los meses pasados, que era posible aprovechar dos asombrosos quites de la Providencia a la economía de Chile. Uno, era el proporcionado por la baja en el precio del petróleo. En el año 1984, en

vísperas del derrumbamiento de este mercado, las importaciones de petróleo suponían un 18,34 % del total de compras en el exterior de Chile. El alivio generado por la crisis de la OPEP fue evidente. Según Patricio Meller, en *Revista de CIEPLAN*, abril 1986, «por cada dólar que baja, el precio del barril de petróleo, Chile ahorra unos 13 millones de dólares anuales». Según la empresa consultora *Julio Salas y asociados*, el total de la influencia de la caída del precio internacional de petróleo significará, en el conjunto de 1980, un ahorro de divisas que se situará entre los 170 y los 180 millones de dólares, equivalentes al 18 % del superávit comercial esperado para el año actual.

El segundo quite fue el de la disminución internacional de tipos de interés. Por cada punto porcentual de rebaja en éstos, Chile ahorra 170 millones de dólares al año, según el mencionado cálculo de Patricio Meller.

Todo esto nos obliga a plantear el tema de la deuda externa. En dólares corrientes, la evolución del total de la deuda externa, pública y privada, en cifra neta, esto es, restándole la reserva monetaria internacional, ofrece el panorama siguiente a partir de 1974. Se presenta al lado, como factor explicativo, el saldo en la balanza por cuenta corriente:

Años	Saldo neto de la deuda (millones de dólares)	Saldo de la balanza por cuenta corriente (millones de dólares)
1974	3.932	- 211
1975	4.396	- 491
1976	4.166	+ 148
1977	4.237	- 551
1978	4.865	- 1.088
1979	5.193	- 1.189
1980	5.339	- 1.971
* 1981	8.778	- 4.733
1982	11.237	- 2.304
1983	12.809	- 1.117
1984	14.907	- 2.060
1985	15.783	- 1.307

Se observa que la chilena es una economía con un desequilibrio permanente y persistente en la balanza por cuenta corriente, que se resuelve con un endeudamiento muy rápido. Trató de probar lo contrario, con un juego de reducciones a cifras reales Erik Haindl, director del Departamento de Economía de la Universidad de Chile, en un artículo publicado en *Revista de Economía y Administración de la Universidad de Chile*, aparecido en agosto de 1986, más que de un

intento serio de exculpación de la política económica seguida, se trató de un juego que fue desenmascarado por los críticos que se abalanzaron con dureza sobre este estudio. En realidad lo que sucede fue puesto bien de manifiesto en el estudio de Carlos Massad, *La deuda externa de Chile, su servicio y sus consecuencias*, publicado en 1984. El progreso de la economía chilena, al ser la elasticidad de la demanda de importaciones respecto al PIB del 1,5, exige un rapidísimo incremento en las exportaciones, si es que se quiere evitar un tremendo fenómeno de autofagia, de acuerdo con el léxico empleado entre nosotros por quien fue nuestro compañero, el profesor Torres.

Los alivios, pues, han de venir del exterior. Ahora ya ha llegado, en primer lugar, como se ha dicho, el provocado por el petróleo. Se añade el que también se ha mencionado, que se deriva de la baja de los tipos de interés. A esto hay que añadir la importación de capitales que, con alivio del saldo de la deuda externa, se fomente ahora mismo en Chile para reducir éste. Téngase en cuenta que los bancos prestamistas, en estos momentos, están dispuestos a desprenderse de los pagarés de la deuda chilena a una cotización que se sitúa en torno al 69-70 por 100 del nominal. La Administración de Chile, hoy en día, convierte esos pagarés, si le son presentados, en moneda chilena al descuento corriente, que los sitúa en algo más del 90 por 100 de su nominal. La operación se verifica si quien presenta los pagarés señala que está dispuesto a invertir su contravalor en pesos en operaciones a largo plazo. Esto es; se ha fijado un tipo de cambio especial, y muy bajo para el peso, para importar capitales. Esto, como es natural, no es una operación sin contrapartidas, pero ha comenzado a aliviar, con mucha fuerza, la masa de la deuda externa. Por eso, con orgullo no disimulado, en unas largas declaraciones aparecidas en *La Tercera de la hora*, Juan Carlos Délano, ministro de Economía, señaló que se había reducido la deuda externa «sin lugar a dudas. Debería ir en los 22 mil millones de dólares —sin corregir por las reservas— y va en menos de 20 mil... Nosotros estamos pagando la deuda exterior... En pagarés de la deuda externa, por ejemplo, se pretende entre 1986 y 1987 percibir al menos 2.000 millones de dólares».

Todo eso podría originar, al cabo, una especie de gigantesca almoneda del capital nacional si, al par, no se mejoraban las exportaciones. Téngase en cuenta que la proporción del servicio de la deuda respecto a las mismas —de acuerdo con lo que es la pauta general iberoamericana— muestra una subida muy fuerte, al pasar del 20,3 de 1981 al 27,2 por 100 en 1985. Debe añadirse que la relación real de intercambio cae con fuerza, haciendo así más perentorio el esfuerzo exportador. Esto es, 100 unidades de exportación adquirirían 84,33 unidades de importación en 1981 y sólo 78,47 unidades en 1985. Queda claro que el lema de la economía chilena es, por supuesto, el de exportar o morir.

En este sentido deben anotarse como especialmente graves las noticias relacionadas con la venta tradicional al exterior, esto es, del pilar esencial de los pagos de su balanza por cuenta corriente, del cobre. A causa del progreso tecnológico, la demanda mundial de cobre cae. La competencia de diversos productos es durísima. Sin embargo, la fabulosa riqueza de ciertos yacimientos como el de Chuquicamata o el de El Teniente, pueden convertir a Chile, en plazo breve, en una especie de cuasi monopolista mundial del cobre. Para ello sólo tiene que resistir —con beneficios, por supuesto— la baja de precios del cobre, porque así se produce la desaparición de competidores. Esta, en buena parte, a causa de las características especiales de la economía minera, pasa a ser definitiva si se origina por un abandono de minas. Lo que ahora mismo sucede en nuestra minería del cobre en la provincia de Huelva es muestra de lo que ocurre en todo el mercado mundial. La crónica de un cierre anunciado es la que ahora se escribe por doquier, desde Zambia a Portugal, salvo en Chile. Todo esto, como es lógico, exige una reconducción de la economía chilena. Jorge Marshall Silva, en su trabajo *Algunas implicaciones del endeudamiento externo* (Instituto de Chile, 1985), considera que es urgente, para dominar la situación de un incremento de un 6 por 100 de las importaciones, congruente con un 4 por 100 de aumento del PIB, que las exportaciones no cupríferas crezcan a una tasa no inferior al 8 por 100 anual.

Así es como se presentan las cosas, y ése es el terreno donde la economía chilena puede ganar o perder. El triunfo pasa por una diversificación de las exportaciones. El análisis del comercio exterior chileno muestra que se ha verificado una gigantesca política de ajuste, y que por ello las primeras batallas que ha dado han sido victoriosas. En primer lugar, es evidente que tal diversificación avanza. Si sumamos las ventas de productos agropecuarios y marinos al sector industrial de los productos alimentarios, vemos que esta especie de *grupo FAO* pasa de suponer un embarque total para exportar del 17,50 por 100 del total en 1981 a un 24,1 por 100 en 1985. La balanza agraria chilena, de acuerdo con datos que acaba de ofrecer Jorge Prado, ministro de Agricultura, tendrá un superávit en 1986 de 870 millones de dólares. Algunos sectores han pasado a encajarse en el cuadro de la economía rural del Pacífico opulento, como sucede ahora mismo con la leche, cada vez más ligada a capitales e intereses neozelandeses.

Este problema de reconversión económica, muy abierta al exterior, exigía, de paso, un freno a la expansión inflacionista. De otro modo, se podía derrumbar el edificio que tan penosamente se había construido. Por eso es digno de señalarse lo mucho que se avanzó en este terreno, como muestra el documento de CEPAL, que recoge los datos del primer semestre de 1986 bajo el título de *Panorama económico de América Latina. 1986*. En él se puede leer: «En el primer semestre de 1986 se consolidó la recuperación que, con

altibajos, venía experimentando la economía chilena desde fines de 1983, luego de su profunda caída de 14 por 100 en 1982. En efecto, junto con aumentar la actividad económica, disminuyó el desempleo, continuó reduciéndose la inflación y mejoró en forma notoria la situación del sector externo.» El progreso de este último es especialmente importante. Según declaró a *La Nación* el 4 de diciembre pasado el ministro Délano, el 7 de noviembre se registraba un superávit en la balanza comercial de 1.014 millones de dólares, creyendo que «de aquí a fin de año éste aumentaría aún más».

La opinión de los economistas que estudian la situación chilena comulga con estas tesis. Paul M. Meo, del Banco Mundial, afirmó, según *La Nación*, de 2 de diciembre de 1986: «La economía chilena anda muy bien; el crecimiento económico es considerable, pero lo más importante ha sido la caída en la tasa de desempleo.» Charles Alexander, director de *N. M. Rothschild*, declaraba textualmente en Londres, según *El Mercurio*, de 3 de diciembre, algo que considero no se escapa a la visión de cualquier observador desapasionado: «La imagen empresarial de Chile se encuentra distorsionada por el énfasis negativo de la prensa internacional en lo político. Desde el punto de vista empresarial invertir en Chile representa un riesgo relativamente menor (que) en el resto de Latinoamérica. El país ofrece una tradición empresarial de larga trayectoria, con administradores bien capacitados y una virtual ausencia de corrupción.»

Por su parte, David Gallagher escribía en *The Wall Street Journal* el pasado mes de septiembre que «los economistas y, principalmente, los inversionistas siguen mirando a Chile como a un oasis, quizá como la única nación deudora del Tercer Mundo que idea métodos responsables y realistas para pagar sus obligaciones.» No es extraño, por ello, que algunos días después, concretamente el pasado 4 de diciembre, el propio secretario norteamericano del Tesoro, James Baker, elogiase esta concreta política chilena, al inaugurar un Seminario sobre Comercio y Desarrollo: «Chile constituye un ejemplo notable de cómo se puede operar un tranquilo proceso de reconversión de la deuda, en el cual el sector empresarial se ha beneficiado de la recapitalización, el capital local se ha fortalecido y se ha incrementado la inversión extranjera.»

Por lo que se refiere a la opinión empresarial chilena, destacaría lo que sostiene Ernesto Ayala, presidente de la Sociedad de Fomento Fabril (SOFOFA), una de las mayores entidades asociativas empresariales de la nación: la producción industrial se incrementará en un 6 por 100 a lo largo de 1986 y el PIB lo hará en un 5 por 100, con lo que «los peores años de la crisis... han quedado definitivamente atrás». Este optimista clima psicológico es, por supuesto, también un factor esencial para escapar de la crisis. Como se podía leer en el *Economic Trends Report*, que sobre la

economía chilena prepara la embajada de los Estados Unidos en Santiago de Chile, los dos factores que frenaban la inversión en la república eran la baja mundial en los precios de las materias primas y la incertidumbre.

En *Economía y Negocios*, de octubre de 1986, se exponían las favorables cifras macroeconómicas chilenas bajo este titular: *Tercer trimestre: prosigue la expansión*. No resisto la tentación de señalar que esto ha saltado de tal modo a la calle, que en el periódico de la tarde de Santiago de Chile, *La Cuarta*, se exponía esto así en un titular en la jerga cheli local, el 2 de diciembre: *El próximo año tendremos una economía muy pirula*, a lo que debemos añadir el titular del día siguiente del mismo periódico: *Son 319 guatones verdes. El Pascuero nos trata flor: Vienen por atado lechugas del tío Bid*, a causa de un préstamo de 319 millones de dólares del Banco Interamericano de Desarrollo para construir una central hidroeléctrica de 500 megavatios en la zona centro-sur. Por su parte, el conocido economista José Piñera declaró que 1986 había sido en Chile «un año decisivo para consolidar la estabilidad del sistema de economía social de mercado».

Pero este clima pudo derrumbarse con facilidad si no hubiese llegado un aporte crediticio SAL —esto es, un Structural Adjustment Loan, o Crédito de Ajuste Estructural— del Banco Mundial. Estimaba CIEPLAN que un fracaso en la recepción de estos créditos podía constituir una auténtica catástrofe. Julio Irarrázabal, un politólogo chileno, declaró en *El Mercurio* de 1 de diciembre pasado, que «si el crédito SAL no hubiese sido otorgado al país... habría forzado al Gobierno a tomar decisiones que habrían resultado impopulares... (tales como) el comprimir el nivel de vida de los chilenos, con un ajuste recesivo de la economía nacional... La otra alternativa que habría enfrentado el gobierno de Chile habría sido declararse en mora en cuanto a los créditos de mediano y largo plazo». Por su parte, el semanario progubernamental *Negro en Blanco* había de admitir el pasado 7 de diciembre que el préstamo «era, no obstante, su cuantía, de capital importancia para la reprogramación, en los dos años próximos, de nuestra deuda externa. Se trata, en realidad, de un préstamo clave. Sin su concesión en la forma requerida, todo el proceso ulterior ante los bancos privados acreedores se veía obstruido».

La oposición comprendía bien que tenía al Gobierno en difícil posición si actuaba del modo adecuado. Este comprendía, a su vez, que era muchísimo lo que se jugaba; posiblemente su supervivencia. Los Estados Unidos, que controlan al Banco Mundial, por un problema de imagen política y por las presiones de la opinión en torno a los derechos humanos —recordemos el Informe Morrison— vacilaron. Las visitas de la oposición al exterior, en una especie de esfuerzo supremo para provocar la caída del Régimen en medio de una crisis económica, se hicieron casi febrilmente. En la prensa chilena se recogió un viaje del sindicalista Seghers, relacionado con la DC, a los Estados Unidos, así como unas declaraciones de Gabriel Valdés en nuestra *Antena 3*. Los asesores de la oposición arreciaban en sus opiniones en este sentido. En el semanario opositor *Hoy*, de 6-12 de octubre de 1986, se

destaca que el economista Jaime Estévez, del Centro de Estudios Vector, indicaba que «lo que está pasando con los créditos del Banco Mundial es producto de la extrema vulnerabilidad externa a que nos llevó la política económica de los *Chicago boys*», y que si el Banco Mundial negaba el crédito a Chile «se desplomarán todos los programas de recuperación en que está empeñado el régimen y el país podría caer en un nuevo ajuste recesivo, con restricción del gasto y una mayor incertidumbre».

Por todo ello, el Gobierno jugó a fondo, a través de Büchi, sus cartas políticas y económicas. El resultado fue un triunfo apretadísimo —51 por 100 de los votos a favor, con un 41 por 100 de abstención, con 8 por 100 de los votos en contra—, pero a efectos económicos fue un triunfo. Estados Unidos y España se abstuvieron. Pero lo decisivo para el triunfo fue la decidida actitud de Alemania Occidental. Según *Der Spiegel*, del pasado 1 de diciembre, fue esencial en ese sentido la presión favorable a Chile del bávaro Strauss, que superó las fuertes presiones del jefe democristiano Gabriel Valdés sobre el canciller Kohl.

El atentado, los depósitos de armas, la desunión visible de la oposición, los índices económicos y la concesión de los créditos parecen señalar que Pinochet ha pasado un difícilísimo Cabo de las Tormentas. Los empresarios, que observan en Büchi un ministro de Hacienda dispuesto a una larga permanencia en el puesto —lo que ha despejado muchas expectativas económicas— han vuelto a invertir y a mostrar confianza. La consultora Gemines, en el informe sobre la situación económica chilena que acaba de hacerse público, asegura que la consolidación de Büchi como ministro de Hacienda fue «un hecho relevante que indiscutiblemente contribuyó a fortalecer la credibilidad en la manutención de una línea conocida de política económica». Por eso tiene importancia que se haya corroborado «el clima de estabilidad en las reglas del juego».

Las noticias han pasado a mejorar de día en día. El clima de evidente normalidad en las calles no deja de coadyuvar también. Parecen perder fuerza las convocatorias a jornadas de protesta. Los tipos de interés descienden con rapidez. El semanario de información económica *Estrategia* captó esto de modo clarísimo en su sección *El pulso de la economía*, en la semana del 6 al 12 de octubre: «Hasta antes del atentado al presidente Pinochet se habla de un país enrarecido, donde tanto la oposición como el gobierno parecían caminar en medio de una densa niebla. Después del atentado, la situación se ha vuelto diferente.»

La situación pasa a tener un respaldo en la Ley de Presupuestos para 1987, que acaba de aprobar la Junta de Gobierno, pues sabido es que, por ahora, el poder legislativo reside en esta Junta Militar. Se observa en este documento una disminución del déficit del sector público todo al 2 por 100 del PIB, prosiguiendo una baja persistente marcada por estos hitos: en 1984 el déficit significó el 4,2 por 100 del PIB; en 1985, el 2,7 por 100, y en 1986, el 2,2 por 100. Simultáneamente se prevé

un aumento del ahorro público —que había sido del 0,6 por 100 de 1984 y que había llegado al 4,3 por 100 en 1987— hasta el 4,7 por 100 del PIB. Además, la inversión pública pasará a ser del 7,8 por 100 del PIB —en 1984 había sido del 6,4 por 100 del PIB, y del 7,5 por 100 en 1986—, pensando todos los comentaristas que con ello se incrementará la actividad en los sectores de la vivienda, las obras públicas y en las tareas cubiertas por el Fondo de Desarrollo Regional. Jorge Selume Zanor, director del Presupuesto y antes decano de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas de la Universidad de Chile, señaló que con eso y con un tipo de interés que ha caído del 8 por 100 en 1984 al 5 por 100 en estos momentos, el PIB crecerá en 1987 entre un 4 y un 5 por 100. La consultora Gemines cree que en 1986 se superará el 5 por 100.

Por lo que se refiere al empleo, los datos son también expresivos. Según la encuesta elaborada por el Departamento de Economía, el paro, que fue del 16,6 por 100 de la población activa en septiembre de 1985, resultó ser del 13,9 por 100 en septiembre de 1986. El número de personas con empleo aumentó en el mismo período en un 5,8 por 100; los asalariados —esto es, los obreros de mono azul— crecieron en un 2,5 por 100. Por su parte, el muy prestigioso Instituto Nacional de Estadística (INE) daba para el trimestre agosto-octubre de 1986 una tasa de paro de sólo el 10,2 por 100 para el total nacional, y para la Región Metropolitana, una del 12,3 por 100.

Los niveles reales de sueldos y salarios, medidos para octubre de 1986 sobre octubre de 1985, indican una mejoría del 2,7 por 100. Sin embargo, he de señalar que se percibe una cierta flexibilidad a la baja en los salarios. Yo lo he encontrado en el trabajo de Esteban Ogrodnik *Encuesta especial a los desocupados. Algunos comentarios*, aparecido en la *Revista de Economía y Administración de la Universidad de Chile*, noviembre de 1986, que evidencia, en sucesivos junios a partir de 1980 y hasta 1986, cómo bajan los salarios promedios reales que exigen los parados para incorporarse al trabajo tras unos meses de no encontrar ocupación. El cuadro que sigue lo pone bien de manifiesto:

Fecha	Salario mínimo de exigencia (pesos junio de 1986)
Junio de 1980 .....	18.100
Junio de 1981 .....	17.400
Junio de 1982 .....	23.000
Junio de 1983 .....	17.750
Junio de 1984 .....	16.100
Junio de 1985 .....	14.600
Junio de 1986 .....	14.200

Esta última cifra se descompone en 14.500 pesos, que solicitan los parados y los 12.650 pesos que piden los que buscan trabajo por primera vez.

El futuro presupuestario, por supuesto, no puede considerarse ajeno a lo que sucede ahora mismo con el precio del cobre. No en balde, Chile se ha convertido en el primer productor mundial de este metal, que constituye un plan esencial de su economía. Téngase en cuenta que la estatal CODELCO, que controla los mejores yacimientos de la nación, aportó en 1986 unos 500 millones de dólares al Presupuesto de Ingresos del Sector Público. Los cálculos del Presupuesto de 1987 se ligan a un precio del cobre en el mercado mundial situado entre los 65 y 70 centavos de dólar la libra. Me parece una visión demasiado optimista. Ayer los datos de la Bolsa de Metales de Londres daban una cotización de 61,170 centavos, y para el precio del futuro una de 61,269 centavos. CODELCO considera que el promedio de 1986 se situará alrededor de los 62 centavos. Por otro lado, los mejores estudios técnicos no consideran que en 1987 se pueda experimentar una modificación positiva de estos precios. Patricio Meller opina que cada centavo de alza o baja en el precio de la libra de este metal significa ganar o perder, para la economía chilena, 25 millones de dólares anuales.

Con esto no han concluido los problemas, ni mucho menos. Las tensiones inflacionistas aún son serias para una economía que quiere vivir con patrones propios de una nación que mira más a la OCDE que a la CEPAL. En noviembre el IPC estaba aún, aunque en descenso, en un 17,1 por 100. El Índice de Precios al Por Mayor (IPM) se situó también en Noviembre en 1986, en tasa anual, en un 18,8 por 100. Claro que hace un año el IPC era del 30,3 por 100 y el IPM del 24,8 por 100. También pueden complicar las cosas, en este sentido, ciertas situaciones coyunturales. En *La Tercera de la hora*, del pasado 1 de diciembre, se pueden leer unas manifestaciones de Luis Kiger, presidente de la Cámara de Comercio minorista, quien señaló cómo una serie de temporales en las zonas central y central sur, estaban provocando subidas de hasta un ciento por ciento en los precios de los productos hortofrutícolas. En el diario *La Segunda* se lee, con grandes titulares, encabezando la portada el 4 de diciembre: *¿Se quebrará la tendencia de alzas en los alimentos? Bajan precios en la Vega. Remedios: toman medidas para evitar diferencias de hasta 300 por 100.*

La llegada de capitales del exterior es fluida, según las noticias de la consultora Gemines, aparecidas en su informe económico mensual correspondiente a noviembre de 1986. En él se puede leer que «este aparente *boom* de la inversión extranjera proviene fundamentalmente de aquella realizada con pagarés de la deuda externa», y que «cabe preguntarse qué habría pasado con la inversión extranjera si el Gobierno no hubiera autorizado las operaciones en pagarés... Se trata de un aspecto que, sin duda, hay que considerar cuando se evalúan los efectos sobre la balanza de pagos del tipo de inversión extranjera que ha sido más frecuente en los

últimos meses». Asimismo, señala que la dificultad para que en 1987 se registre un nuevo «salto» reside en que las «holguras que existían (en 1986)... han comenzado a estrecharse y la restricción externa vuelve a adquirir relevancia a media que se han agotado algunos planteamientos que hicieron posible en 1986 mantener un nivel bajo de importaciones, mientras que no son previsibles progresos muy importantes en agricultura e industria, a causa de limitaciones en la capacidad productiva».

Esto me lleva a creer que la tasa del PIB chileno se puede situar en 1987 en un alza del 3-4 por 100; que el desempleo bajará no más allá del 8-9 por 100; que los salarios reales subirán un 2-3 por 100; que la inflación se mantendrá en torno al 15 por 100, y que los tipos de interés y el saldo de la balanza comercial no mejorarán respecto a las cifras de 1986. He creído advertir en mis conversaciones con empresarios exportadores, con funcionarios chilenos y con expertos de CEPAL que el proceso de sustitución de exportaciones no va a poder progresar ya gran cosa, al menos de momento. Como se lee en el informe de Gemines, «hay una serie de elementos que sugieren que la pista se pone un poco más pesada y que será difícil acelerar el ritmo de la carrera». Las tensiones sociales pueden resurgir en cualquier momento. Esto obligaría a plantear aquí un prolijo problema relacionado con el tema del planteamiento en Chile del Estado Bienestar.

En realidad, todas estas constataciones se podían prever de la lectura de cuatro artículos muy importantes, aparecidos en *Cuadernos de Economía*, una publicación de la Pontificia Universidad Católica de Chile, en el número de agosto de 1985. El primero es de Aristides Torche, y se titula *Una evaluación económica del Programa Nacional de Alimentación Complementaria (PNAC)*, que protege desde hace más de veinte años la salud de los menores de seis años y de las embarazadas. Aplicando una evaluación costo-beneficio, se observa que la tasa de retorno social del PNAC «es muy conveniente, toda vez que el beneficio neto actualizado a una tasa tan alta como el 17 por 100 es siempre positivo». El segundo es el de Tarsicio Castañeda, *Determinantes del descenso de la mortalidad infantil en Chile: 1975-1982*. Utilizando una *función de producción de salud*, muy influido por el conocido artículo de M. R. Rosenzweig y T.P. Schultz, *Consumer demand and household production: The relationship between fertility and child mortality*, aparecido en *The American Economic Review*, en junio de 1983, que procede de las investigaciones de T. W. Schultz, iniciadas desde el artículo *The value of children*, en *The Journal of Political Economy*, de 1973, se llega a la conclusión de que la espectacular baja en la mortalidad infantil que existe en el período de Pinochet se debe a los cambios ocurridos en el destino del gasto público, anteponiendo a la cobertura de los gastos destinados a los adultos, las atenciones orientadas hacia la madre y el niño, hacia la educación de las madres, y, muy particularmente, resultaron ser «los programas que más se relacionan con la reducción de la mortalidad infantil en Chile... los que han producido una mayor cobertura de agua potable y alcantarillado público». El tercero que sirve de complemento es el trabajo de Lloyd Harbert y Pasquale L.

Scandizzo, *Distribución de alimentos e intervención en la nutrición. Caso de Chile*. El cuarto, que recalca el impacto redistributivo del gasto público en salud de Chile, porque las familias más pobres captan la mayor proporción de dicho gasto, es el de Jorge Rodríguez Grossi, *El acceso a la salud, la eficacia hospitalaria y la distribución de los beneficios de la salud pública*. La convergencia hacia una actividad muy positiva y racional en favor de los que disponen de menores ingresos en atenciones esenciales básicas es indudable que arranca de los primeros tiempos del régimen de Pinochet —a mi juicio, a partir de la Encuesta Nacional de Nutrición, llevada a cabo entre junio de 1974 y junio de 1975, cuyo *Informe preliminar* se publica por el Ministerio de Salud en Santiago de Chile en marzo de 1976—, entroncándose con lo que se denominará por los *Chicago boys*, de modo insistente, su *preocupación social*. Pero, aunque fuese así, ¿esto aliviaría una tensión social sería? Lo dudo.

Como resumen de todos estos riesgos, en *El Mercurio*, de 30 de noviembre de 1986 se titulaba un buen análisis crítico de la situación así: *¿Tropezaremos dos veces en el mismo "boom"? Mejoría económica ya se ha traducido en un inquietante incremento de 160 por 100 en la importación de televisores color, 76 por 100 en la internación de radios y 302 por 100 en las ventas de relojes pulsera, entre otros bienes de consumo*. No olvidemos que la crisis de 1982, en su aspecto específicamente chileno, se relacionó con la obsesión del Gobierno, a partir de 1979, de reducir a la nada la inflación clavando el tipo de cambio e intensificando la liberalización financiera. Por su parte, el economista Alvaro Bardón da una buena receta a principios de diciembre para saber si el desarrollo chileno es sano o no, en su intervención en el Colegio de Contadores Auditores de Chile: es preciso observar si se dispara el déficit fiscal o si hay pérdidas en la reserva de divisas.

¿Será posible conseguir el triunfo económico para normalizar la sociedad chilena? Benjamin Subercaseaux, en ese libro ya clásico que es *Chile o una loca geografía* habla de los fuertes vientos que soplan en la ciudad chilena meridional de Magallanes, «la más austral del mundo», y añade: «Recuerdo que en una ocasión estuve varios minutos en la esquina de una calle esperando que amainara el viento, porque me era imposible cruzarla. Cansado de esperar, resolví ponerme a cuatro pies, y así... conseguí llegar hasta el otro lado.» Esta vez da la impresión de que, curada de espantos ortodoxos, la economía chilena se aproxima, es posible que a cuatro patas, a la esquina del progreso equilibrado. Habrá que observar si, al final, triunfa o si, contra lo que ahora parece más probable, fracasa. De eso se va a derivar también la respuesta política que observaremos en la sociedad de la República hermana.